

# LOPE, LA FURIA DEL FÉNIX

Blas Malo



Barcelona • Madrid • Bogotá • Buenos Aires • Caracas • México D.F. • Miami • Montevideo • Santiago de Chile



*A mi hijo Blas Carlos.  
A Blanca, mi mujer.  
A ambos, por enseñarme lo que es  
realmente importante.*



ACTO PRIMERO

*Lisboa (1588)*



## Albi3n

*Lisboa, 27 de mayo de 1588*

Aquel tremendo devorador de vidas femeninas era insaciable. En el reposo que la noche daba al traj3n de carreteros, yuntas de abastos, herreros y cordeleros, carpinteros y gentes de dinero, mariner3a sin un ochavo y galeotes encadenados, los muelles herv3an de pasos y figuras embozadas, entrando y saliendo de tabernas y mesones y de los callejones m3s oscuros y lascivos de aquella ciudad tomada por la enorme armada que nunca antes rey espa3ol imaginara. La vida se beb3a a grandes tragos como si fuera a agotarse, porque solo quedaban dos d3as para la partida; as3 lo hab3an decretado los mandamases. Un frenes3 dominaba la ciudad a los pies del r3o Tajo, y quien no estaba en confesi3n y remisi3n de sus pecados los estaba cometiendo todos juntos y en tropel por si no hab3a nueva ocasi3n para ello. En la penumbra lujuriosa de mujeres gimientes y machos amenazantes, el fresco aire marino sacud3a los cartelones colgados, haciendo crujir cuerdas y eslabones, y bajo ellos Claudio corr3a de taberna en taberna, de lupanar en lupanar, con el resuello cortado por el agotamiento en busca de aquel a quien hab3a perdido en aquella noche que ya acababa.

—¡El poeta, el poeta! —pregunt3 a una vieja alcahueta que reconoci3, y sus palabras fueron atendidas mientras ge-

midos, risas y música marinera con coros borrachos escapaban a borbotones desentonados tras los postigos de las ventanas iluminadas por velas casi consumidas y candiles. La vieja le señaló la escalera, pero no se movió en tanto no recibió unas monedas en sus manos mugrientas, monedas que contó con vileza. Él ya había gozado con dos negras de las Azores y estaba exhausto; y su amigo, incontenible, había escapado del burdel en busca de nueva presa y nuevos goces. ¡Así es la vida, cuando se huele la muerte!

—¡Lope! ¡Maldita sea!, ¿dónde estás? —Aporreó con ansiedad las puertas de los cubículos; un portugués del Algarve había aparecido a las voces de la alcahueta con aires chulescos y un puñal en la mano.

Al alboroto siguieron golpes en la portezuela, pero el buscado no los oyó. Se agarró con más fuerza a los bordes del cabecero del lecho revuelto, él sobre ella. La llama de la vela se agitó y la hembra que aferraba se arqueó, llamando con los ojos cerrados a los santos que conocía mientras el hombre la hollaba por detrás entre sábanas sudadas de olor acre y las voces del pasillo; y sin poder resistirse más la mujer jadeó hasta gritar, seguido por el éxtasis del extranjero. Los quejidos de los largueros cesaron, llegó el reposo; los amantes se besaron y sonrieron aliviados de sus afanes, derrumbados sin aliento en la penumbra, disfrutando del calor de la carne. Y el perfil de la mujer, satisfecho, voluptuoso, con sus largas pestañas y su largo cabello negro revuelto a un lado, le inspiró nuevos versos que paladeó un instante antes de que los golpes volvieran a sonar en su puerta, que se abrió de repente.

—¡Lope, por todos los santos! —El guardián no dejaba de mirarlos desde el quicio. La mujer, soñolienta, ni se molestó en cubrirse—. Que pronto amanecerá. ¡Poeta loco! ¡Apresúrate o nos quedaremos en tierra! ¿Ganar honra, no era eso lo que queríamos? ¡Venga, la ropa, la capa, la espada, el sombrero, ponte los calzones, el calzado!

—Tengo sed. —No dejaba de mirar a la mujer, que medio sonrió, mostrando su sexo velludo, sus carnes acogedoras,



sus pechos generosos. Ella no apartaba su vista de aquel hermoso cuerpo de hombre joven, lampiño y bien dotado—. ¿No hay más vino? ¿Me dejarás en ayunas?

Claudio no pudo menos que reírse. El del Algarve repiqueteó en las jambas, resoplando. Dio una voz de advertencia; la portuguesa suspiró.

—Volverás, español loco.

Lope se anudó los calzones, y buscó su bolsa gastada y casi vacía mientras se ponía la camisa, arrugada sobre un arca.

—Aquí están mis últimos escudillos, ¡tristes testigos de Madrid!

—Guárdalos; yo no cobro a los que me placen cuando disfruto. —Y ella, con sorna burlona, hizo un ademán altivo mientras cubría su fecunda desnudez con la sábana deshilachada.

Claudio arrancó de la mano de su amigo varias de aquellas monedas, las tendió al guardián y, con una reverencia guasona, los dos calaveras dejaron casa, alcahueta y callejón, borrachos de cansancio. El alba llegaba, desvaneciendo estrellas en el este. Lope se volvió y lanzó un beso con la mano a la fachada. Una mujer no dejaba de observarlo desde la ventana en penumbra.

—¡Vino, Claudio! —dijo Lope, bostezando.

—Otra más, encoñada. ¿Y cuántas van, oh, insaciable? —se burló su amigo.

—¡Cuántas! No las he contado. ¡Allí, al horno! ¡Huelo pastel de carne!

Apenas comieron el bocado y corrieron por los muelles, donde ya todo eran prisas y furia. Galeras y galeones, urcas de vituallas y naos, pataches y zabras, todas las naves estaban enfiladas para la carga de la pólvora, pan y harina. Los marineros tensaban las jarcias, corrían por las escalas y trepaban a los palos de mesana; los caballos subían con inquietud a aquellas fortalezas flotantes. La claridad crecía a espaldas de la ciudad amurallada y un mar de mástiles erizaba las aguas del amplio puerto, como si un bosque extenso e inquieto de troncos

bamboleantes hubiera avanzado desde tierra al mar. Los gritos eran ensordecedores; los secretarios hacían recuento, algunos renuentes habían sido arrestados y sufrían los palos de los guardias; los carpinteros aún fortalecían amuras y escotillas. El galeón *San Mateo* ya se movía con las velas desplegadas, alejándose con soberbia; la gran mole del *San Martín*, buque insignia de la flota, con sus prominentes castillos, sus tres mástiles y su alta borda, recibía con avidez por dos rampas carretadas de barriles movidos a fuerza de brazos por un ejército de soldados y no tardaría en levar anclas. Por todas partes se veían capitanes y oficiales con sus criados y sus arcas, atendiendo correspondencias de última hora. Los recuentos proseguían, interminables.

—¡El *San Martín*! ¡Ah, gran nave, qué bravura, qué osadía contra los franceses en las Azores! Seis años hace, Claudio. ¡Ayer, quien dice! Mira, esas galeazas decrepitas, ¡menuda ruina de carcoma y barrenillo! Si yo navegara ahí, tendría un rosario a mano. Allí, ¡allí! En paz descansa don Álvaro de Bazán. Debe ser su sustituto, el conde duque de Medina Sidonia, y todos esos, los capitanes, cuales pavos reales. Sí... menuda corte de doctos y halcones. Y él debe de estar cerca, seguro.

Él. La razón de estar allí.

—El *San Juan* está enfrente de la capitanía, ¡vamos!

Fueron recibidos con malos modos por un teniente y embarcaron junto a otros voluntarios, sometidos a pesar del cansancio a las voces y órdenes del oficial, que no quería nada fuera de lugar, sino las jarcias tensadas, las cubiertas limpias y baldeadas y las piezas de artillería acuñadas antes de la inspección final por el capitán general. Ya estaban a bordo, a ganar honra; ya no les dejarían salir. Los tres días de desenfreno general permitido habían concluido. Los marineros les señalaban, algunos se burlaban de ellos, otros les increpaban, buscando incitarles a una pelea. No soportaban a aquellos voluntarios y aventureros que apelaban servir a la honra de España, dándose grandes golpes de pecho y a viva voz; pero que no distinguían la mesana del trinquete, el palo mayor del bau-

prés; y que no sabían nada de nudos ni de cuerdas. A lo largo de febriles horas el *San Juan* quedó cargado y listo para maniobrar. A mediodía subió el almirante general Juan Martínez de Recalde y todo lo encontró a su satisfacción. Dio orden de levar anclas y desplegar velas; y con la brisa los grandes paños se hincharon como gigantescos carrillos. Poco a poco el galeón se separó del muelle. Con pericia, los pilotos maniobraban los barcos, empujándose con largos palos para amortiguar cualquier contacto, hasta tener holguras, mecerse a un lado y enfilar a una posición más exterior, y pasar de la calma interior a la marejadilla del mar abierto. Solo cuando quedaron en formación junto a otras naves de guerra y urcas y galeazas la nave se detuvo; el buque insignia, como una enorme bestia dormida, aún ronroneaba mecido contra el muelle principal, y todos esperaban a que saliera de su letargo.

Por fin repartieron el rancho de mediodía, tocino, queso y galletas, que ya empezaban a estar reblandecidas por la humedad marina; también vino en jarras de palo y un pedazo de bizcocho endurecido; y, con su escudilla, Claudio y Lope buscaron sombra del sol que todo lo quemaba bajo toldillos y lonas. Los soldados de los Tercios y los marineros, con la piel arrugada y tostada por largos meses al sol, devoraban las raciones sentados sobre rollos de toas y reposando sus pies alpargatados con desgana sobre las tablas ásperas de la cubierta.

—¡La gran honra de nuestro tiempo, la mayor ocasión, mayor incluso que Lepanto! ¡Comed, tened fuerza! —El alférez corpulento de torso de tonel que les exhortaba se acercó a ellos dos—. ¡Y alguien contará nuestra gesta! ¡Aquí tenemos un literato!

—Qué cosa será eso... —murmuró un marinero de Soria.

—Tú. Yo te he visto en Madrid. ¿No eres el poeta De Vega?

—De ciudad, no de campo, querrás decir, y a mucha honra. —Al alférez no le hizo gracia la guasa—. Qué bien que hasta acá llegue mi fama.

—Sí... fama. De ser un deslenguado. ¡Ja, ja, ja! ¡Un deslenguado burlado, además, por una mujer! ¡Comed, cabrones! Y tú, a ver si además de penetrar portuguesas, tienes sangre para la pólvora, que quien de pluma vive, de pluma peca. ¿No dicen eso? ¡Di! ¿Y no sería... esa... la razón? ¡Ja, ja, ja!

El alférez escupió en la cubierta, riéndose de sus ocurrencias. Claudio Conde puso una mano sobre su hombre de fama y amigo para calmarlo y convencerlo de que no replicara. Los soldados le miraron con desprecio; algunos señores, embarcados con sus criados, hablaban cerca de la borda contemplando el amplio puerto y la inmensa armada desplegada. De pronto, las jarcias empezaron a cubrirse de señales y banderolas y sonaron cañones con solo pólvora; como truenos retumbaron las cargas en el velamen agitado por el aire brumoso. El *San Martín* comenzaba a moverse entre los clamores de los lisboetas y de las gentes de bien. Las mujeres agitaban pañuelos. El castillo de la ciudad sobre el cerro que dominaba el puerto respondió a la despedida con andanadas y las iglesias tocaron campanas a rebato. En todas las naves replicaron salvas gloriosas por el rey Felipe, por España y por el imperio, y tenientes y capitanes avivaban a la marinería con feroces gritos bajo el calor. Un soldado enclenque, calvo, de edad madura y de aliento hediondo se atrevió en el fervor general a preguntarle a Claudio con curiosidad y timidez.

—Pero, él... ¿quién es?

—¿Quién...? Lope Félix de Vega Carpio, ¿no has oído hablar de él en Madrid?

—Yo es que soy de Coria del Río, no sé... ¿Y de verdad escribe? —Claudio frunció el ceño—. Es que... yo no sé; como tantos. Es bueno que esté aquí. Es bueno saberlo.

—¿Para escribir una carta?

—Mi testamento, hermano. Por si acaso...

El alférez les interrumpió con malos modos y a empujones.

Las órdenes, los cabestrantes, los crujidos de las cuaderñas, los golpes de mar y las salpicaduras frías y repentinas de agua salada; el almirante con sus vistosos ropajes y los osten-

tosos símbolos de sus títulos, subido al castillo de proa; las maldiciones que Claudio no dejaba de proferir con las manos abrasadas por el roce del cáñamo. Nada interrumpió el negro ánimo que había inundado a Lope, removido por las palabras necias y ponzoñosas del alférez. En algún lugar, en alguna de esas naves, Lope sabía que estaba allí, como él mismo y tantos más, a buscar fama en aquella gesta. Allí, en alguno de todos esos barcos, estaba el hombre que le había arrebatado al amor de su juventud. El hombre al que odiaba, por despojarlo de Elena Osorio.

¡Elena Osorio, la morena más hermosa de Madrid!

Sin nada más que su tesón y su ansia de vivir, Lope había dejado Alcalá de Henares y su universidad herido por sus desamores y con la decepción de sus protectores. Era apuesto y lo sabía; era listo y rápido engarzando ideas y palabras, y también lo sabía, y con la labia desatada, las mozas y las no tan mozas caían a sus pies. Recordaba las largas horas de latín y gramática y retórica en las aulas, a Virgilio, a Dante, a Ludovico Ariosto. Los otros estudiantes parecían muermos, estatuas, mudos como muertos, con los ojos fijos en las ropas de los catedráticos que barbotaban sin parar en soliloquios, dando muestras de su erudición a la vez que no dejaban de mover las manos dramáticamente sobre la tarima. Para él, todo era un escenario. Él, sin escucharlos, entre bostezo y bostezo por las noches de insomnio y de amor, no hacía más que garabatear en las tapas del cartapacio que contenía las lecciones cuando se le acababa el papel. Era como si un torrente insoportable de palabras tuviera que salir a la fuerza por un diminuto orificio que estuviera en su seso. Y huyendo de padres sofocados, sacerdotes iracundos y de hímenes desflorados, Lope llegó a Madrid, ya jamás bachiller, ansiando fama y honra, y también plata y escudos, y no tardó en ser conocido

en la capital de la corte del imperio como poeta prolífico y autor de comedias. De día escribía infatigable y nadie era capaz de seguir su estela; a la tarde acudía a los corrales de comedias que se disputaban en una guerra a los autores, a los comediantes y al público; se enfrascaba en agrias discusiones con quienes le criticaban y bebía sin mesura si su éxito lograba llenar los palcos y bancos desde el escenario hasta el gallinero. A la noche, recogía beneficios y dilapidaba lo ganado, comprando risas y afectos, jugando a los dados y a las cartas, levantando faldas de actrices en celo y ganando el cielo del sexo femenino. Y cuando otros aún se lamentaban entre jadeos de su resaca y de sus excesos, él ya había huido en silencio de la cama caliente y acompañada, como un bribón que huyera de la justicia de la Santa Hermandad, y se había enfrascado en escribir, más y más rápido; no le faltaban ni ideas ni amantes ni enemigos, y en eso veía que su fama, y la envidia por esa fama, crecían; y eso era bueno.

Así fue cómo encontró a Elena Osorio, él con dieciocho años de fuerza varonil, ella con quince y dispuesta a conocer a aquel portento de la naturaleza. Y su recuerdo de ocho años atrás volvió a iluminarle la cara.

—¡Qué bonita, qué gracejo, qué hembra desenvuelta! Grácil y amena, de risa retumbante, ¡ah, Claudio! ¡Si es que aún hoy pienso en ella y... se me nubla la cabeza!

—Pero, ¡de qué hablas! —le respondió su amigo sin resuello—. Atento a lo que te dicen, que nos zurren. No tienes remedio —resopló un momento con la camisa empapada y se echó a reír—. ¡La Osorio! ¡Y eso que eres un hombre casado!

Riendo él también y con el pelo revuelto, Lope se pasó la mano por su rostro rasposo y moreno para enjugarse el sudor y siguieron recogiendo las cuerdas y pasándolas por los penoles. Su amigo no podía entenderlo. Quería de verdad a Isabel, su mujer. Pero más bien era que quería a la mujer, al concepto de mujer, a un eterno femenino que se escondía entre curvas, senos y pezones, que le hacía subir y bajar de ánimo y de otras cosas, y vagar por esas carnes cálidas como un

peregrino camino a un santuario y en todos los santuarios tenía que dejar su ofrenda. El roce de esa carne ya fuera pálida o mulata; perfumada, serrana o campesina; virgen o nodriza, le incitaba sin remedio a probarla. No era solo que fuera hombre; es que en su cabeza solo había entendimiento para el exceso. Los dos estaban allí para limpiar su nombre y ganar prestigio, Claudio ante la justicia de la que estaba huido, Lope ante la familia de su mujer, a la que en un arrebato de su despecho por la Osorio, había seducido, conquistado y raptado; casado, seducido y embarazado. En Madrid ella había quedado en casa de sus padres, a la espera de su regreso. Pero Lope se había enterado de que aquel hombre que odiaba también había gritado que era un patriota y que se presentaría en Lisboa; y con la excusa y la razón, allí estaban Claudio y él en el *San Juan*, y Lisboa, ciudad infinita, quedaba atrás. Con ella, atrás quedaban también la vieja Castilla, la vieja España, la tumultuosa Madrid; una mujer embarazada; un juicio escandaloso; un destierro ejemplar.